

10. SIGLO XIV.

La corriente filosófica más importante del siglo XIV fue el llamado **nominalismo**, y, también, **occamismo**, dado que fue **Guillermo de Occam** el representante más destacado de esta tendencia.

El nominalismo fue una filosofía sobre todo **crítica**, cuyo resultado fue la destrucción de la filosofía del siglo XIII. Este hecho tuvo una doble consecuencia: de una parte, la **separación de la fe y la razón**, la filosofía y la teología (lo que motivó la aparición durante el siglo XIV de abundantes escritores **místicos**, como el alemán **Maestro Eckart** (1260-1327); de otra, la **independencia de la filosofía** con respecto a la teología, dejando el camino libre a la filosofía moderna.

El occamismo tuvo su origen en la Universidad de Oxford, y, aunque fue prohibido por las autoridades eclesiásticas, se difundió rápidamente por toda Europa, arraigando sobre todo en la Universidad de París. En ella enseñaron **Juan de Mirecourt** y **Nicolás de Autrecourt**.

1. GUILLERMO DE OCCAM.



En la novela, medio filosófica, medio policíaca, *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, y en la película del mismo título se refleja muy bien todo este mundo del siglo XIV. El actor Sean Connery es fray Guillermo de Baskerville, naturalmente Guillermo de Occam.

Guillermo de Occam (1298-1349), franciscano inglés, profesor de la Universidad de Oxford, pasó su vida enfrentado con el papa Juan XXII y protegido por el emperador Luis IV. Una de las causas de su enfrentamiento con el papa fue la controversia que surgió en la Orden franciscana sobre el tipo de vida que debían llevar los frailes, pues, si San Francisco había establecido que debían vivir de la mendicidad sin tener propiedades de ningún tipo, la Orden con el tiempo acabó acumulando una gran riqueza. Mientras que Occam apoyaba a los partidarios de la vuelta a la pobreza primitiva, el Papa los perseguía como herejes. Y esto ocurría en un siglo que se caracterizó especialmente por las horribles hambrunas y enfermedades que asolaron Europa (como la peste de 1348).



Guillermo de Occam

Occam estaba obsesionado por liberar a la teología de toda la filosofía griega que había ido absorbiendo durante la Edad Media, y que, a su juicio, constituía un serio peligro para ella. Por ejemplo, cuando se pretende demostrar la existencia de Dios mediante razonamientos falsos (¿por qué no puede haber una serie infinita de causas?, decía, censurando las pruebas tomistas) no se hace ningún beneficio a la religión.

Que una cosa existe sólo podemos llegar a saberlo por experiencia o por fe. En el caso de Dios sólo vale la fe, y no se puede demostrar su existencia.

Occam, además, echa mano del **principio de economía**, según el cual, es preferible explicar las cosas de manera sencilla antes que por procedimientos complicados. Así, por ejemplo, con respecto al problema de los universales no es necesario postular la existencia de universales en las cosas o

fuera de ellas. Se puede explicar el conocimiento admitiendo simplemente, de un lado, los seres singulares, los únicos existentes realmente, y, de otro, el universal existente en la mente. Eso sí, Occam reconoce que no acierta a comprender como la mente produce los universales, y se limita a decir que lo hace de un "modo oscuro". Esta posición respecto al problema de los universales es, claro está, el **conceptualismo**. Es impropio, por tanto, llamarla *nominalismo*, denominación que ha dado nombre a la escuela.

Con este principio Occam hizo verdaderos estragos en las filosofías del XIII. Es comprensible que se le acabara llamando la *navaja de Occam*.

Una de las cosas que cortó con su navaja fue la teoría de las ideas divinas de San Agustín, también adoptada por Santo Tomás. Según Occam, esta teoría daña la religión, pues nos presenta a un Dios constreñido por las ideas, de modo que no puede hacer su santa voluntad, sino sólo lo que tiene que ser. Dice Occam que las cosas son como son porque Dios así lo ha querido. Por ejemplo, dos y dos son cuatro porque lo ha querido Dios, y si hubiera querido serían cinco. Esto quiere decir que no hay nada necesario, sino que todo es **contingente**. Trasvasado esto al campo de la moral, se puede decir igualmente que el crimen y el robo son malos porque Dios lo ha querido, pero que no tenía porqué quererlo, que podía haberlos mandado (incluso el odio a Dios hubiera podido ordenar). De igual forma, si Dios quisiera,

Se atribuye a Buridán la famosa anécdota del llamado **asno de Buridán**, aunque probablemente no sea él su autor, sino algún otro personaje partidario del voluntarismo. Duns Escoto y Occam anteponían la voluntad al entendimiento, frente a la teoría intelectualista de la escuela tomista, que consideraba de más peso el entendimiento en la psicología humana. El voluntarismo salvaría al asno de Buridán de morir de hambre. Se trata de un asno hambriento que tiene ante sí dos sacos de paja exactamente iguales y a la misma distancia. Si el intelectualismo fuera la teoría verdadera este asno moriría de hambre ya que no encontraría una razón que le hiciera preferir un saco a otro.

podría cambiar en cualquier momento las reglas. Esta teoría se llama **voluntarismo teológico**.

Occam se ocupó mucho de filosofía política, sobre todo del problema de las relaciones entre el Estado y la Iglesia. El siglo XIV fue un siglo de constantes enfrentamientos entre ambos poderes, el espiritual y el temporal, ya que se entrometían continuamente el uno en el otro. Como en el caso de las relaciones entre la fe y la razón, Occam propugnó la **separación de la Iglesia y el Estado**. Esta teoría se suele llamar **averroísmo político**, porque consiste en la aplicación de la tesis averroísta de la dicotomía entre la razón y a la fe a las relaciones de la Iglesia con el Estado. El mayor representante de esta tendencia fue **Marsilio de Padua**, autor de *Defensor Pacis*.

2. LA CIENCIA DEL XIV.

El empirismo del occamismo favoreció el desarrollo de la ciencia durante el siglo XIV. En la Universidad de París, **Juan Buridán** y **Nicolás de Oresme**, trabajaron en buscar una explicación al problema del movimiento de los proyectiles, elaborando la **teoría del ímpetus**, la cual supuso una crítica de la física aristotélica imperante, al mismo tiempo que una anticipación de la ciencia renacentista.

Aristóteles distinguía dos clases de movimiento local: movimiento natural y movimiento violento. El movimiento natural es el que tienen los cuerpos espontáneamente, como el que tienen las piedras de caer o el fuego de ir hacia arriba. Sin embargo, se les puede forzar a los cuerpos a que tengan un movimiento distinto a su movimiento natural, como cuando tiramos una piedra hacia arriba. El caso es que el sentido común nos dice que, para que un cuerpo se mueva de manera distinta a como le exige su naturaleza, es necesario la presencia de una fuerza que ejerza una acción constante sobre él. Sin embargo, la piedra continúa moviéndose hacia arriba una vez que la mano ya no le presiona. ¿Cómo se explica esto?

Aristóteles inventó una hipótesis: la mano al lanzar la piedra mueve, además de a ésta, el aire que la rodea, y esta capa de aire a su vez empuja hacia arriba a la capa que tiene encima, que vuelve a elevar la piedra, y, así sucesivamente. Por absurda que parezca esta explicación, lo cierto es que encontró su hueco en la ciencia hasta el siglo XIV, en que se propuso otra hipótesis, la "teoría del ímpetus". El motor (la mano) imprime al móvil (la piedra) un impulso o "ímpetus", que lo mantiene en el aire hasta que es vencido por la resistencia de éste y por su tendencia natural a caer.

Sin embargo, esta explicación comete esencialmente el mismo error que la anterior: creer que el movimiento requiere una explicación y que un cuerpo no se puede mover porque sí. En el siglo XVII Newton estableció el principio de inercia, base de la Mecánica: todo cuerpo persevera en estado de reposo o de movimiento rectilíneo y uniforme mientras una fuerza no modifique dicho estado.